



EL BARCO
DE VAPOR

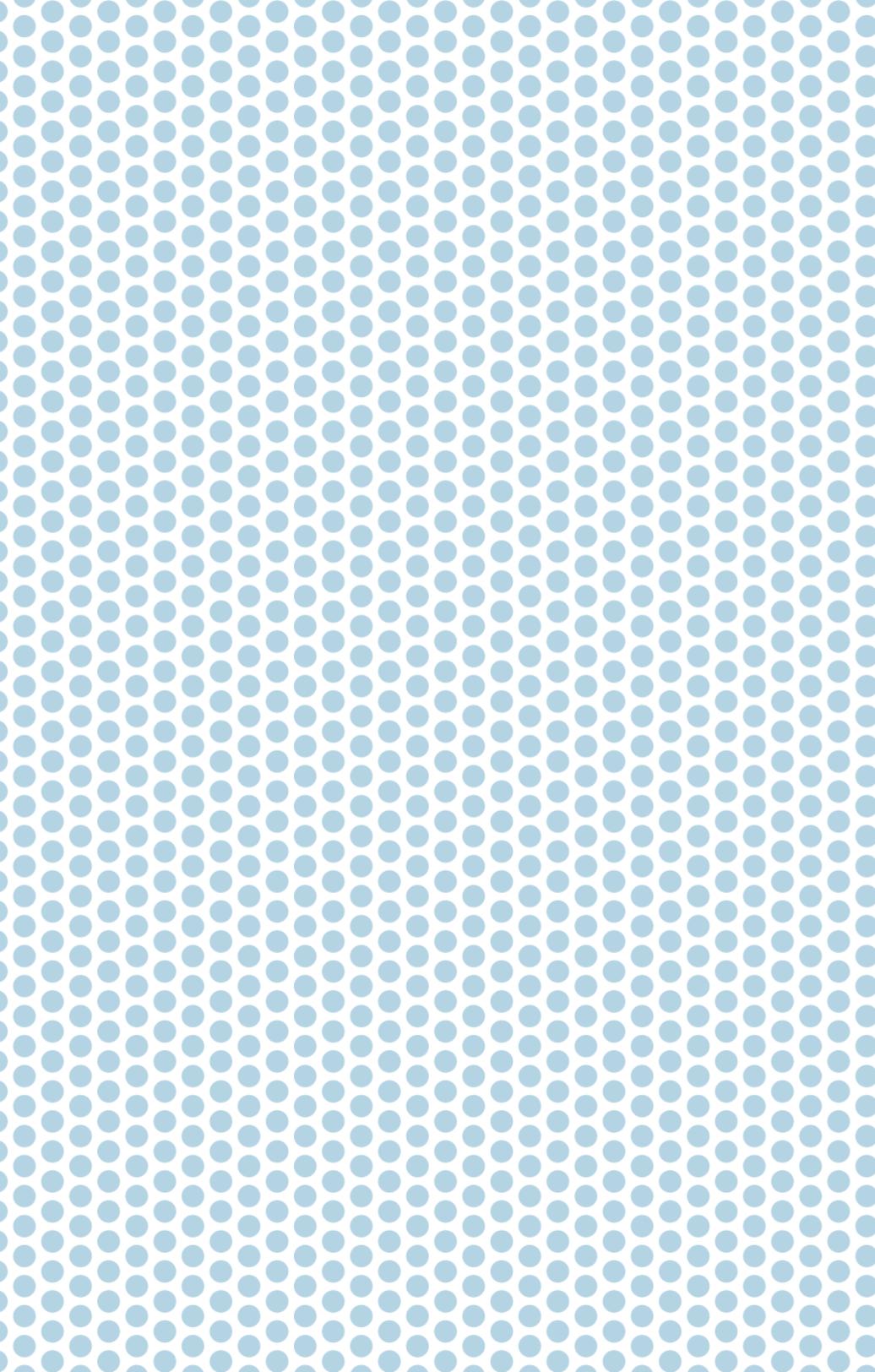
SERIE RITA

Rita, tenista

Mikel Valverde



sm





EL BARCO
DE VAPOR

Rita, tenista

Mikel Valverde



Primera edición: septiembre de 2017

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz

Coordinación editorial: Iria Torres

Coordinación gráfica: Marta Mesa

© del texto y las ilustraciones: Mikel Valverde, 2017

© Ediciones SM, 2017

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403

e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-9448-5

Depósito legal: M-6705-2017

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



● 1

DESDE HACÍA ALGÚN TIEMPO, Rita tenía un secreto.

No se lo había dicho a nadie, ni a sus padres ni a Óscar, su hermano menor. Ni siquiera a sus mejores amigos, por lo que podría decirse que era un secreto bastante gordo y que estaba muy bien guardado.

Y es que Rita quería ser una estrella de la música. Soñaba con convertirse en una gran figura del rock y actuar ante miles de fans. Se imaginaba a sí misma cantando y tocando en escenarios de todos los rincones del mundo, firmando autógrafos, alojándose en lujosos hoteles y hablando ante una nube de periodistas que escuchaban atentos sus palabras.

Sin embargo, Rita no sabía tocar ningún instrumento musical. Además, en su casa no había

ninguno, ni siquiera una armónica o una pequeña flauta. Por eso, cuando estaba segura de que nadie la veía, se colaba a escondidas en el cuarto de sus padres. Allí, en el espacio que quedaba entre una cómoda y la pared, descansaba la raqueta de tenis de su padre. Ella la cogía y salía con sigilo de la habitación. Luego se encerraba en su dormitorio, sacaba con cuidado la raqueta de la funda, conectaba un viejo aparato de música y... comenzaba a bailar y cantar al son de la melodía que sonara, a la vez que rasgaba las cuerdas de la raqueta como si tocara una guitarra eléctrica.

Rita miraba a su alrededor y no veía la luz que entraba por la ventana de su cuarto, sino que, en su lugar, soñaba con los focos de un escenario y una gran cantidad de admiradores que movían rítmicamente los brazos y canturreaban a coro con ella. Entre canción y canción, creía escuchar a toda aquella multitud gritando con entusiasmo su nombre: «¡Rita, Rita, Rita!».

Y así, a medida que pasaban los minutos, Rita bailaba cada vez con más ritmo y cantaba de una forma más apasionada. Aunque intentaba hacerlo muy bajito para evitar que nadie la oyera, porque le daba mucha vergüenza que sus padres



o su hermano llegaran a enterarse de su fantasía musical.

Cuando ponía fin a sus particulares conciertos, guardaba la raqueta en su funda y, sin hacer ruido, la volvía a dejar en su lugar. Luego, con cuidado de que nadie la viera, abandonaba la habitación de sus padres.

Rita no sabía que Martín, su padre, acostumbraba a dejar la raqueta un poco inclinada hacia la izquierda. Ella, sin embargo, la colocaba ligeramente ladeada hacia la derecha.

Aunque la niña lo ignoraba, aquel pequeño detalle había puesto en serio peligro su gran secreto.